

Internet y las bibliotecas: ¿mayor cantidad de información o más dificultades para satisfacer las necesidades? *

Víctor Ángel Fernández¹

Cuando hace apenas unos 10 ó 15 años se hablaba de vivir en una época de “boom” de la información, no se estaba ni medianamente cerca de imaginar lo que ocurriría a corto plazo con el acceso real y la popularización de los medios tecnológicos. Todavía en fecha tan cercana como los inicios de la década del 90, se trataba de entender el “nuevo orden internacional de la información”, el “flujo transfronteras de la información” o las “autopistas de la información”, pero más como ejercicio profesional que en función de una realidad, muy superada en estos momentos. Entonces surge una pregunta básica: ¿qué función desempeñarán, aunque de hecho ya realizan, los bibliotecarios en las condiciones de este nuevo entorno informacional?

LASTELECOMUNICACIONES

La implementación de los servicios de telecomunicación repercutieron inmediatamente en el trabajo de los bibliotecarios, al aumentar los volúmenes de información a los que se puede acceder. Internet permitió llegar a un amplísimo universo de datos, bien en forma de referencias o como fuentes de texto completo, todo ello con independencia de su ubicación geográfica. Se rompieron así las fronteras y se accedió a los fondos bibliográficos mediante un nuevo canal de comunicación de alcance global.

No quedan dudas que esto fue una especie de “panacea o paraíso” para todos aquellos que se dedicaban a la actividad de proveer servicios documentarios.

Ahora me vuelvo a referir a un tiempo tan cercano como la segunda mitad de la década de los 80, todavía se trazaba como meta establecer el mejor sistema posible de intercambio bibliotecario. Si se recuerda la situación de un país como Cuba, limitado de recursos, en el que se veía como única solución el establecer un buen trabajo de canje, cuyo resultado generaría un intercambio capaz de engrosar los fondos con obras las cuales no se podían comprar. La otra variante, obvia por demás, era lograr unas buenas relaciones con entidades capaces de realizar donativos. En aquellos tiempos disponer de una obra de referencia actualizada, incluso un buen diccionario, se convertía en un logro y aseguraba, de hecho, una alta concurrencia a la institución. Claro, no es posible olvidar tampoco que los biblio-

* Esta conferencia se presentó en el V Taller de Bibliotecas Universitarias de América Latina y el Caribe, realizado en el mes de noviembre del año 2000, en la Biblioteca Central de la Universidad de La Habana.

¹ Licenciado en Información Científico-Técnica. Director CUBAWEB. Empresa Teledatos.

tecarios tenían que actuar como guardianes permanentes para que no se mutilaran las obras porque las fotos y las gráficas en general, eran muy llamativas.

Una década más acá, cuando a través del Instituto de Información Científica y Tecnológica (IDICT) se estableció en Cuba el acceso remoto a bases de datos, radicadas principalmente en los países de Europa Oriental, se abrió un caudal de información que advertía lo que ocurriría después. Eran tiempos en que nos sentíamos satisfechos con cantidades “impresionantes” de textos acompañados por algún que otro gráfico, las referencias nos hacían “la boca agua” por un respaldo a texto completo que llegaría tal vez un mes o varias semanas después.

Hasta aquel momento no había variado en ninguna forma el papel del bibliotecario o del especialista en documentación o información, como desee llamársele. Si bien su trabajo era más ágil, y las computadoras, las comunicaciones, así como otros medios tecnológicos comenzaban a hacerse parte tan imprescindible como los kilómetros de estantes o los metros cuadrados de tarjeteros, todavía su omnipresencia como intermediario, como el ente que organizaba todo aquel universo documental y lo ponía al servicio del usuario, era algo imprescindible y, de hecho, indiscutible.

Pero el tiempo, nunca decidido a detenerse, y mucho menos unido a las nuevas tecnologías, continuó su ya rápido y *digitalizado* decursar, entonces apareció de pronto con una palabrita alguien que empezaba a exigir su lugar en el desarrollo humano: *INTERNET* tan nueva que todavía los hispanoparlantes no se ponen de acuerdo si la hacemos femenina o masculina. Surgió un nuevo juguete que sin saberlo ubicar, nos ponía ante la disyuntiva de utilizarlo, analizarlo, volverlo a utilizar y entenderlo, siempre a menor velocidad de lo que cada día traía como aporte nuevo, porque el problema a enfrentar no está sólo en Internet, pues las nuevas tecnologías, incluso sin estar conectado a ningún servidor, llegan al lector por medio de las más diversas formas: la compra de sistemas multimediales, el recibo de adjuntos gratuitos a publicaciones suscritas y otros que amplían el horizonte y complican el problema, pues, como dice un reciente cable de AFP, “...el mundo se hunde bajo un océano de datos, a causa de la multiplicación de ordenadores y del desarrollo de Internet, se produce el equivalente de 250 millones de ‘mega-octetos’ de datos por cada habitante de la Tierra...” (un ‘octeto’ es la representación de un carácter alfanumérico).¹

El mismo cable expresa la contradicción, no desde el punto de vista del bibliotecario, sino de un investigador, que plantea: “...la explosión de información es una semibendición. Lo positivo es que la información digital representa el 93 % del total y que la información disponible en Internet está accesible a todo el mundo, pero no existen los instrumentos para encontrarla, la mayor parte de las veces se ubica en la parte oscura de Internet, no está registrada en los exploradores de la red y en consecuencia, no está accesible, esa parte sumergida de la red abarca casi 2 500 millones de documentos y se incrementa diariamente a un ritmo de 7,3 millones de nuevas páginas de Internet. Si se consideran las informaciones no sistematizadas, se encuentran 550 000 millones de documentos en Internet, según el estudio...”

Pero, ¿qué hacer? Lo más interesante comienza ahora. Estamos en la disyuntiva que siempre pareció lejana e incluso imposible de analizar en el tiempo. Internet ofrece hoy una gran facilidad de acceso, el lector pantalla-teclado-conexión mediante, accede a lo mejor y más importante del acervo de la humanidad. Cuando nadie habla de ficheros de autor, título o materia, de fondos activos o pasivos, de *kardex*, entradas, salidas, préstamos o plazos de vencimientos y devoluciones, porque un *click* lo lleva a la Real Academia de la Lengua, la Enciclopedia Británica, a los fondos de la C.I.A. o el Pentágono, ¿para qué hacen falta las

bibliotecas y los bibliotecarios? ¿Y qué respondemos? Porque no quedan dudas de que lo dicho con anterioridad, es todo cierto, tanto desde el punto de vista del lector como desde el del bibliotecario. Más información, más vías de acceso, más variantes de solución. ¿Tenemos un papel en esta puesta en escena? ¿Podrá ser, incluso, un papel protagónico? Las respuestas, *a priori*, son afirmativas.

Lo que está sucediendo es que para lograr esos resultados nos vemos cambiando y adaptándonos, queramos o no; empezando el camino por nosotros y, como se diría en lenguaje militar, preparando el teatro de operaciones a nuestro favor, que no será otro que hacerlo, como buenos trabajadores de servicios, a favor de las personas que debemos servir.

Una tarea de cambio que no lleve sólo a hablar de una biblioteca de los tiempos actuales, en su equivalente de repertorios digitalizados con métodos de gestión de la información, o como repertorios de objetos digitales, más o menos organizados que sirven a una comunidad de usuarios definida, sino que lleva implícito un proceso de innovación tecnológica que modifica la producción, la organización y la difusión de la información, tanto en función de los receptores, como en su relación con los emisores.

La posición de la biblioteca y de todos sus trabajadores en estos tiempos globalizadores (en el sentido más técnico de la palabra), es la de generar una nueva estructura de la información que la haga evolucionar desde el concepto lineal del libro y los documentos tradicionales al concepto hipertextual, donde la información llegue al usuario de formas muy variadas y provista de todo tipo de vínculos que permitan ampliar, concretar o explicar los contenidos de forma simultánea y diferente. Para alcanzar esto, deben cambiar nuestras mentalidades, nuestras formas de acceder al saber que unos recibirán como parte de su formación inicial básica y otros vivirán como un problema personal de adaptación a un mundo cambiante. La biblioteca no puede ser ajena al potencial que los nuevos espacios de relación virtual aportan. Ante la rapidez de la evolución tecnológica, ahora más que nunca, se debe situar la tecnología en el lugar que le corresponde como medio eficaz para garantizar la comunicación, la interacción, la información y el aprendizaje.

Entonces comienza a introducirse por sí solo un tema “viejo”: la educación de usuarios, pero no de aquella en que sólo se trataba de enseñar al usuario cómo utilizar mejor los servicios diseñados previamente, sino una educación interactuante o bipolar, donde además de enseñar, aprendamos de un ambiente que cambia y donde obviamente los componentes del entorno se transforman continuamente; sus necesidades también lo harán, porque la sociedad varía a consecuencia de las nuevas tecnologías.

Y, ¿cómo está la sociedad?. Cuando se dice que estamos pasando de la sociedad industrial a la sociedad del conocimiento, ¿qué queremos decir?

En esta sociedad del conocimiento ¿cuáles son las nuevas exigencias y qué implican ellas? La sociedad padece de un exceso de información, de una falta de habilidad para procesarla y, por ende, carece de los conocimientos que nos hace regresar a la importancia, quiérase o no, de un *intermediario*, procesador, organizador y sintetizador de ese cúmulo informativo.

EL NUEVO PAPEL DEL BIBLIOTECARIO

Ante la enorme cantidad de información disponible ahora, tienen que introducirse nuevas pautas; es fundamental la elección de la calidad. En el mundo del futuro será esencial el papel de los intermediarios cuya tarea será filtrar información y no me refiero, ni mucho menos, a cualquier tipo de censura “suprasocial”, sino a la selección de fuentes de conocimiento en interés y a la satisfacción de necesidades previamente conocidas del usuario.

Al valerse de las nuevas tecnologías, el antiguo trabajo de analista y referencista se potencia; siguen siendo necesarias personas que escojan y valoren la información y que en función de esa valoración, separen el grano de la paja, que establezcan las fuentes de conocimiento, pero el cambio estará dado por su mayor interacción tanto con las fuentes como con el destinatario y aquí, bueno es decirlo, habrá momentos en que se será más educador que gestor de información, será una labor en la que al mismo tiempo se eduque y se aprenda por ambas partes.

En una nueva variante, todos tendrán que aprender a “desaprender”, es decir, aceptar que lo que se sabe puede en un momento no valer, y eso es una actitud que no todo el mundo está dispuesto a aceptar; pero que tiene que crearse, por su carácter de renovación, de flexibilidad, de relativismo respecto a determinados conocimientos.

Para el investigador el problema ha cambiado ante la avalancha de información, hoy no sabe todo lo que necesita, pues es más adecuado para él, tratar de saber dónde está lo que necesita y tenerlo a su alcance cuando lo necesite.

En gran medida, algunas de estas transformaciones tendrán que hacerse atendiendo a que el diseño de nuevas maneras de hacer o de nuevos entornos podrá servirse de unas herramientas que hasta ahora no existían. Los nuevos tiempos podrán aprovechar esos novedosos recursos que ahora han hecho tambalear la demanda, pero que también ofrecen elementos para rediseñar todos los ámbitos de una forma nueva y más positiva.

EL FUTURO

Al decir de *Federico Mayor*, “...vivimos en un momento en el que normalmente sólo somos espectadores, receptores de información. Nos dicen que estamos en la sociedad del conocimiento, pero no es cierto. Estamos en la sociedad de la información. Hay algunos ciudadanos privilegiados y tenemos unos medios de información fantásticos, pero son medios de información, no de conocimiento. Hay una gran diferencia. El conocimiento es el que se produce como consecuencia de la reflexión, del pensamiento, y se convierte en una respuesta personal...”² Y ahí está el papel al que se ve abocado el bibliotecario, que no es más que introducirse en ese proceso de asimilación y generalización de las inmensurables cantidades de información y ayudar a convertirlas en una verdadera respuesta personal satisfactoria de las simples necesidades cognitivas o de los más complejos procesos de asimilación tecnológica en función de la actividad humana correspondiente.

No hay que temer a los horizontes abiertos por las nuevas tecnologías, el reto está en saberlos utilizar, introduciéndose como piedra angular del macrosistema generación-asimilación-proyección, definido para el cambio de la sociedad de información hacia la sociedad del conocimiento a la cual seguimos aspirando.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Agencia AFP. 11 de septiembre, 2000. [Disponible en: www.afp.com]
2. Mayor Zaragoza F. La educación, base de la democracia. Zdnet España, agosto 2000.

Recibido: 27 de septiembre del 2001. Aprobado: 5 de octubre del 2001.

Lic. Víctor Ángel Fernández. Ave 47 No. 2804. Playa. Ciudad de La Habana. Cuba. E.Mail: victor@cubaweb.cu